puesta á recibir las influencias del cielo, que unas veces las experimentaba dulces y amorosas, y otras la abandonaban, para que pudiese apurar el caliz amargo de las sequedades, tristezas y desconsuelos. Y aunque, como dejamos dicho, pasó en el largo periodo de unos diez y ocho años vida sembrada de padecimientos espirituales, tampoco le faltaron de cuando en cuando los deleites y dulzuras que traen consigo la oración de quietud, y aun de unión. Precisamente esta bondad y regalo que le mostraba el Señor en medio de sus imperfecciones, era lo que martirizaba su delicadísimo y agradecido corazón, que se deshacía de pena al ver que tan mal correspondía á las finezas del amado.

Fatigada en fin de tan prolija pelea; bien conocida la cortedad de sus fuerzas propias, y desconfiando enteramente de todas sus industrias y diligencias, púsose en las manos del Señor, que al fin quiso premiar superabundantemente la constancia de su Sierva.

CAPÍTULO VII.

Efecto prodigioso que en la Santa produjo la vista de un devoto crucifijo.—Lee Teresa las Confesiones de San Agustin.—Mucvese á contrición, y recibe auxilio especial para no caer en las faltas que solía.—Cuánto aprovechó en la humildad.—Por qué causa era muy amiga de imágenes.

BIEN cimentada Teresa en la humildad y conocimiento de la propia bajeza, quiso el Señor levantar sobre tan sólidos fundamentos el edificio de la más estupenda santidad. Contaba cuarenta años, y acaeció que entrando un día en el oratorio, vió una imagen de Cristo que para celebrar una fiesta allí habían traido. Fijáronse sus ojos en las heridas y llagas de la devota imagen, que muy al vivo expresaban los dolores y tormentos padecidos por el Redentor; y al considerar aquellas heridas y llagas, fué tal la moción que experimentó su alma, que ardiendo en amor, y hecha un río de lágrimas, rasgó del todo su pecho en presencia del Hijo de Dios, dando bien ancha

quisiese tener vanagloria que no podría, ni veo cómo pudiese pensar que ninguna de estas virtudes es mía, porque ha poco que me ví sin ninguna muchos años, y ahora de mi parte no hago sino recibir mercedes, sin servir sino como la cosa más sin provecho del mundo» (1). Díjole en cierta ocasión una persona que se guardase de la vanagloria, á lo cual contestó la Santa con humildad no fingida: «¿Vanagloria? no sé de qué: harto haré, viendo quien soy, en no desesperar.»

De todo se ayudaba para avivar el fuego del amor divino que con tanta fuerza había prendido en su humilde y agradecido corazón. Las maravillas de los cielos y la tierra con sus campos y flores servíanle de libro abierto para leer y contemplar la grandeza del Criador, y su bondad infinita para con los hombres. Crecióle la afición de estar más tiempo con Dios en la oración, y huía con sumo cuidado de las ocasiones en que pudiera recibir daño su alma.

Tenía imaginación poco á propósito para fingir representaciones de cosas vistas ú oidas, y cuando se ponía á pensar en Cristo, no atinaba á imaginarle según lo que había leído de su hermosura. Solo podía pensar en Cristo como hombre, pero hacíalo á la manera del que está ciego ó á oscuras, que aunque habla con alguna persona, que sabe cierto la tiene delante, mas no la vé, ni distingue. Á esta causa era tan amiga de imágenes, pues suplían la poca habilidad de su imaginativa; y teniendo en cuenta el grandísimo bien que en ella había obrado la vista del Crucifijo herido y llagado, exclamó indignada contra los herejes que las despreciaban: «Desventurados de los que por su culpa pierden este bien: bien parece que no aman al Señor, porque

(1) Escrit. de S. Ter. t. 1. p. 150.

si le amaran, holgáranse de ver su retrato, como acá aun da contento ver el de quien se quiere bien» (1).

Como si dijera: pues holgáis de ver los retratos de vuestros amigos, porque les tenéis amor, convencidos quedáis de que por falta de amor y respeto á vuestro Criador y Redentor perseguís sus venerandas imágenes. ¡Oh Santa bendita, si vieras á qué extremo han llegado las cosas en estos desdichados tiempos! No te hartaras de llorar al ver que en muchas casas de cristianos parece como que se avergüenzan de tener adornadas sus habitaciones con imágenes religiosas. Y hácese esto por no ir contra el *buen gusto* de la sociedad; como si el cristiano debiera atender más á dar contento al mundo, que á complacer á nuestro adorable Jesús.

¡Otras eran las costumbres, otro el modo de pensar entre españoles en el siglo del poderío y verdadera grandeza de la nación por excelencia católica!

(1) Vid. c. IX. n. 5.

puerta para que su gracia entrase. Partíasele el corazón al ver lo mal que había agradecido aquellas llagas, y postrada delante de él pedía la fortaleciese de una vez, para nunca más ofenderle. Su prolija y ferviente oración fué oída, y cual otra Magdalena alcanzó lo que demandaba, porque de allí salió muy otra, renovada y fortalecida en espíritu. Y como se llegaba ya la sazón de las obras maravillosas para que Dios la tenía escogida, comenzó á apurarla de cada día más, y volver hacia sí todos sus pensamientos y deseos.

Experimentando se hallaba la Santa los efectos saludables producidos á la vista de Cristo herido y llagado, cuando dispuso el Señor que viniesen á sus manos las Confesiones de San Agustín. La lectura de tan preciosas páginas fué como el último golpe que la hizo triunfar de sus antiguas flaquezas, quedando el alma tan aprovechada y señora de sí misma, que no se conocía. Hubo su Majestad compasión de tantos suspiros y lágrimas, y lo que muchos años de continua pelea no bastaron á alcanzar, consiguiéronlo en un instante estos impulsos eficaces de la divina gracia. Oigamos de la Santa el cambio que sintió su alma con la lectura de dichas Confesiones. «Yo, dice, soy muy aficionada á San Agustín, porque el monasterio á donde estuve seglar era de su Orden, y también por haber sido pecador; que de los santos que después de serlo el Señor tornó á sí, hallaba yo mucho consuelo, pareciéndome en ellos había de hallar ayuda..... Como comencé á leer las Confesiones, paréceme me veía yo allí; comencé á encomendarme mucho á este glorioso santo. Cuando llegué á su conversión, y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga..... Sea Dios alabado,

que me dió vida para salir de muerte tan mortal: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y que debía oir mis clamores, y haber lástima de tantas lágrimas (1).

Mejoradísima la Santa con estos toques de la divina gracia, no sabía qué hacer para corresponder debidamente con el Dador de tanto bien. Acudía á la Virgen Santísima y al glorioso San José, y les suplicaba desenojasen al Señor por sus repetidas ofensas; invocaba á los santos, convertidos de grandes pecadores en insignes amadores de Dios, y á éstos pedía le alcanzasen el perdón de sus pecados, y la gracia de la perseverancia final. Revolvíase después contra sí, y viéndose cuál era, no se podía sufrir, y deseaba que todas las criaturas tomasen venganza de las injurias hechas al Criador. No hallaba manera de dar satisfacción cumplida á su Majestad, y juzgando no haber castigo que igualase con sus culpas, echábase al fin en brazos de Dios misericordioso, para que de ella hiciera lo que fuese más de su agrado.

Con esta contrición tan perfecta, y completo desasimiento de la propia voluntad iba disponiéndose Teresa, sin ella entenderlo, para el recibo de señaladísimas mercedes. Y si todavía le quedaban algunas imperfecciones de poco tomo, de las cuales con dificultad se ven libres aun los mismos santos, sirviéronle para ejercitarse de continuo en la humildad y propio conocimiento. Tan aprovechada salió en esta virtud, base y corona del edificio espiritual, que no obstante los extraordinarios favores con que el Señor la regalaba, cada vez sentía nuestra Santa más bajamente de sí. «Paréceme, dice á uno de sus confesores, comunicándole el estado de su alma, que aunque con estudio

(1) Vid. c. IX n. 6 y 7.